



Con Kevin Roche.



En Nueva York con J. L. Iñiguez de Onzoño y R. Moneo.



Con Eduardo Chillida.

En recuerdo de Juan Daniel Fullaondo

Cuando remite el pasmo producido por la imprevista e irreversible brutalidad de la desaparición de quien ocupaba un único y personal lugar en nuestros mundos, le sucede el momento obligado del recuerdo y del balance. La muerte de Juan Daniel Fullaondo exige, sin duda, algo más que el pésame momentáneo y la obligada necrológica.

La historia de bastantes años de arquitectura española, aunque no demasiado estimulante, en definitiva la nuestra, estará decisivamente marcada por la presencia y la actividad de Fullaondo. Cuando esa historia se quiera hacer, si se quiere, se recordará y desvelará el papel importante, determinante en casos, singular y personal siempre, que Fullaondo desempeñó en ella con su poliédrica actividad. Esa historia, si se hace, resistirá los esfuerzos y codazos de tantos advenedizos, trepadores, insulsos buscadores de protagonismo, que han tratado de minimizar, de aislar, de trivializar la enjundia y el señorío de una prolífica, rica y estimulante personalidad como la de Fullaondo.

Su obras y proyectos, sus escritos —muchos escritos para pocos lectores—, sus revistas, sobre todo la imprescindible e inolvidable “Nueva Forma”, su docencia de tantos años y tantas cosas más, han sido resultado, emanación, tanto de una actividad empeñada, incontenible, pertinaz, por encima de una engañosa displicencia, como, sobre todo, de su irreductible e irreplicable personalidad.

Su figura, su personalidad surge potente con su misma aparente fragilidad por detrás de toda su producción. Una figura específica, determinante, hecha con una especie de “collage”, con su adecuado *riktus* Dadá, de esa historia imaginaria que es la cultura, con ensamblajes de Oscar Wilde y Nietzsche, de Marinetti y Van Doesburg, de Wright y Zevi, de Joyce y Apollinaire, de Oiza, Chillida y Oteiza. Cayendo en la trampa de las comparaciones, tan inadecuadas en el caso de Fullaondo, uno le entiende casi como un último personaje de las vanguardias traspuesto a un entorno poco proclive a la tensión y compromiso de las vanguardias.

La específica personalidad de Fullaondo movió, agitó y llenó en su día muchos años del mundo anémico e inerte de la arquitectura en los tiempos negros de un aislamiento conformista. Él y su obra, con “Nueva Forma” sobre todo y con sus derivaciones, trajeron y movilizaron la apertura hacia horizontes respirables. Trajeron las ignoradas y ya históricas vanguardias con sus impulsos, sus encantos y también sus contradicciones y arbitrariedades, y trataron de dinamizar lo nuestro buscando, incluso inventando, eslabones perdidos y a veces imposibles. Por mucho que se quiera, quien lo quiera, ignorar, “Nueva Forma”, con su cultura y sus caprichos, los de Fullaondo, fue el factor más impulsivo e inquietante del difícil ambiente de su tiempo. “Nueva Forma”, que era Fullaondo, es una historia irrevocable.

En otro tiempo, en otras circunstancias, de otra manera, lo que “Nueva Forma” representó en su día siguió vivo y, por lo mismo, cambiante, con la labor personal de Fullaondo en su docencia siempre personalizada, islote de apasionamiento rodeado de cutres desencantos, acosado reducto de la ilusión por una arquitectura teñida de cultura, de alegría y de tensiones intelectuales. Y continuó dejando constancia impresa y testimonio de la misma alegría y tensión intelectual en la prolífica publicación de sus libros, sus peculiarísimos libros, que bastantes querían convertir en casi clandestinos.

Y, desde luego, continuó con sus incomparables charlas y conversaciones, públicas o privadas, donde mostraba lo más selecto y profundo de su personalidad exuberante, paradójica, plena de auténtica cultura, nunca tópica ni chata.

Desde la diferencia y la distancia ideológicas, desde las discrepancias intelectuales, incluso desde el gusto contrapuesto, como es el caso, es probablemente desde donde uno mejor puede juzgar y ratificar el

valor profundo, sustancial del pensamiento y la palabra de quien, como Fullaondo, siempre fue estimulante, sugerente, apasionado y profundo. Basta coincidir integralmente en el fervor hacia la inteligencia y la cultura y en el hedonista amor a la arquitectura.

Entre otros muchos recuerdos, me será difícil perder el de una noche entera en vela leyendo de un tirón el libro sobre Zevi que Juan Daniel me acababa de dar esa misma noche; hablando, discutiendo, literalmente con el libro, saltando de acuerdos a desacuerdos con sus contenidos, entre asentimientos e irritaciones, discrepando y, en el fondo, compartiendo la vehemencia de su autor.

Fullaondo, sobre todo él, retratado en sus diversas actividades, ha sido, desgraciadamente ya en pasado, parte determinante de la arquitectura española de bastantes años y, lo que es de mayor importancia, de la cultura española, resistiéndose a que la arquitectura consumase su suicidio cultural. Es de esperar que su recuerdo histórico no se vaya por los sumideros de las racanerías, rencillas y miserias que tristemente se dan y que a él mismo acosaron sin conseguir doblegar su pasión ni su clase.

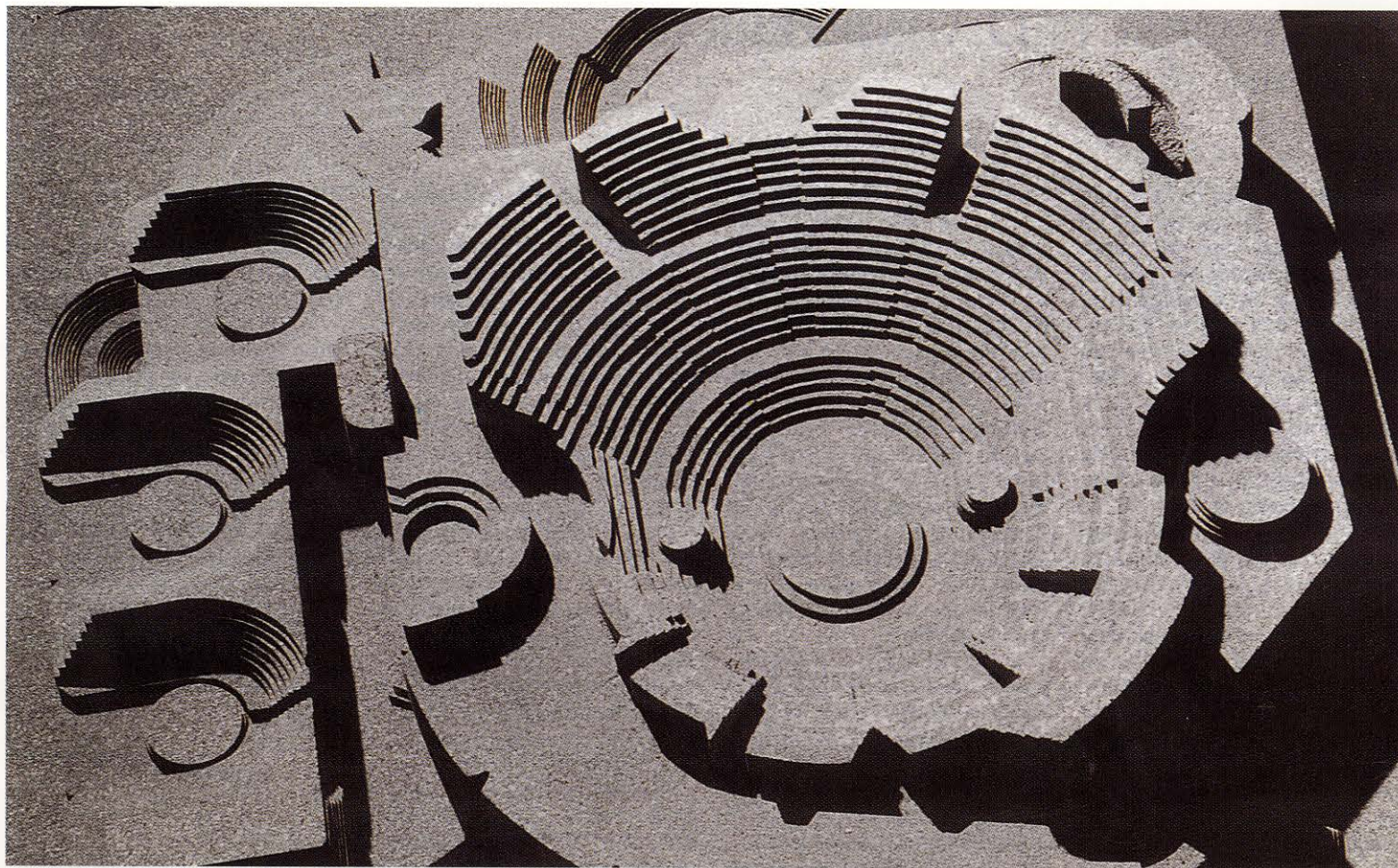
La dolencia de su desaparición y conversión en historia tiene el analgésico de la permanencia de su obra. Pero el mayor pesar, lo que sigue presente en la conciencia de la pérdida y no se disuelve en el balance y en la memoria, es la certeza de lo que quedó sin hacer, de lo que podía haber ocurrido y ya no será posible, del lugar dejado vacío por Fullaondo cuando parecía que iba a iniciar una nueva etapa, previsiblemente fecunda en una nueva madurez, desde la recobrada actividad docente a partir de su azarosa, y vergonzosamente no resuelta en justicia, reincorporación a su cátedra de la Escuela de Madrid.

En más cosas, pero hoy sobre todo en la enseñanza, Juan Daniel Fullaondo era una persona indispensable y, me temo, insustituible; para nuestro entorno, nuestra profesión y nuestra escuela de arquitectura. Dicho esto desde la conciencia de la clara ambigüedad que encierra la aplicación del término “nuestro” a un entorno, una profesión, una escuela, los de la arquitectura, tan fragmentados, anómicos e insolidarios. Pero yo creía, y creo que Juan Daniel Fullaondo también, que una salida, al menos un respiro y una alternativa, para esta tediosa situación arrancaba precisamente en lo que la labor y especialmente la persona de Fullaondo representaban.

Desde un alegre y a veces trágico amor por la arquitectura, entendida ésta como algo más que oficio y negocio, Fullaondo exhibía las viejas y casi perdidas convicciones de quien siente la arquitectura como cultura, como manifestación de inteligencia, como estímulo espiritual e intelectual de la vida habitual. Y de quien siente la creación y el disfrute de esa arquitectura como una delectación en los difíciles refinamientos de un hecho capaz de dotar de significado, profundidad y riqueza, de dignidad, en definitiva, a la esfera de lo cotidiano; como decían muchos de esos viejos maestros queridos por Fullaondo, capaz de espiritualizar a la materia inerte.

Fullaondo encarnaba esa concepción de la arquitectura como ejercicio de la inteligencia, a veces sofisticada, de la sensibilidad, a veces hiperestésica y decadente, de la cita, a veces críptica o desencajada, del apasionamiento, a veces desbordado y “políticamente incorrecto”, pero siempre como proyección de una cultura sublimadora, capaz de subyugar a la trivialidad, a la ramplonería, a la “arquitectura-basura”. Fullaondo representaba el compromiso entusiasta y ciertamente escéptico con una arquitectura profundamente culta e intelectualmente estimulante.

Pero sobre todo era capaz de contagiar y proyectar en los demás, especialmente en sus estudiantes, ese entendimiento y su apasionado compromiso. Su polifacética actividad, su gran producción, su enseñanza, que quedará “a pesar de todo” —“trotzdem”, como la palabra de Loos—, no era demostrativa, sistemática, académicamente contundente;



Palacio de Congresos y Exposiciones. Madrid.

era más bien subyugadora, insinuante, provocativa y enervante muchas veces, y, con ello, arrebatada y arrebatadora. Era un desbordamiento de sugerencias, de imágenes, de saltos inesperados e inéditos, una especie de sobreabundancia de experiencias y de intuiciones y un despliegue de cultura adquirida con regocijo y curiosidad. Y como toda persona verdaderamente culta anhelaba expandir y compartir su cultura.

Su impagable actividad de estimulación, sobre todo en la enseñanza, reflejó coherentemente la conciencia transmutada en práctica de que la arquitectura es vida y se vive, que no es instrumento ni actividad a tiempo parcial, sino un modo de entender el mundo y de hacerlo. Que, como se ha dicho a veces, la arquitectura, junto con el lenguaje, son las dos grandes creaciones de la humanidad en su proyecto de humanizarse. Tal vez por eso, Fullaondo unió siempre palabra y arquitectura, cargando para sí y tratando de cargar en los demás las formas en el espacio con el discurso surgido de un pensamiento tenso, agudo, inquisidor, siempre rico en sugerencias y asociaciones. Si en alguna ocasión puede encarnarse el dicho de que la arquitectura habla, es, sin duda, en el de Fullaondo, para quien la arquitectura siempre hablaba y hacía hablar, lo que es tanto como decir que la arquitectura surge del pensamiento y acaba en el pensamiento compartido.

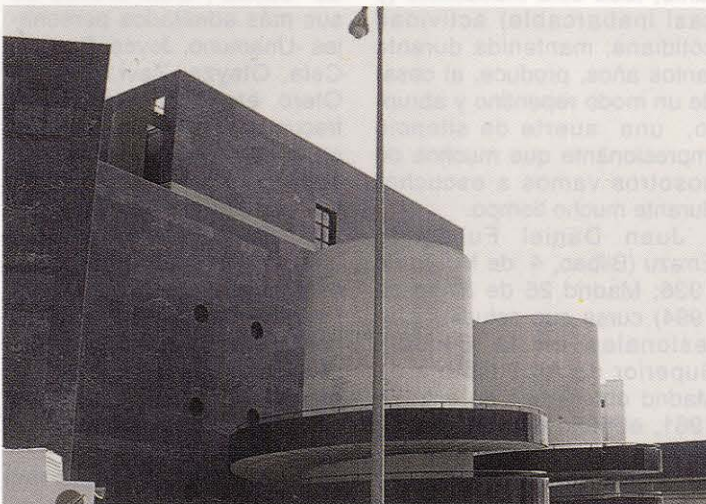
Tal vez, también, eso explique que en la cultura que poseía y derrochaba, arquitectura, literatura y música se intercambiasen continuamente, entrecruzando sus presencias y sus sugerencias, no como ornamentos retóricos de falsa erudición, sino como piezas coherentes de un inmenso "puzzle" de reflexiones, de revelaciones, de estímulos intelectuales y sensoriales.

Todo ello es algo, sólo algo, de lo que Juan Daniel Fullaondo aportaba, dentro de lo que le dejaron aportar, desde una labor casi más revulsiva, mayéutica, que propiamente docente, a un entorno arquitectónico regido generalmente por la atonía, el indiferentismo y la cortedad de miras, polarizado entre falsos divismos y falsos pragmatismos. Y era quien podía hacerlo, sin verosímiles relevos ni suplencias. Cabía la

esperanza, la necesaria esperanza, de que Juan Daniel Fullaondo, regresado a su cátedra y desde ella, ejerciese una vez más el papel de estimulador, de revulsivo, de espejo en último extremo, en la persecución de un entendimiento tenso y arrebatador de una arquitectura que de otro modo languidece y se apaga en un prolongado coma profundo. Tal vez con Juan Daniel Fullaondo y sus prolongaciones docentes se hubiera dado un casi milagro clínico.

Por eso la lamentación por su desaparición es doble: por la falta de un amigo y por la pérdida de una esperanza.

Adolfo González Amezqueta



Palacio de Congresos y Exposiciones. Granada.